

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

El día 1º de Febrero de 1873, murió en Madrid esta eminente poetisa cubana, el mas brillante ingenio de mujer que ha honrado la literatura española. Habia nacido en Puerto Príncipe en 1816, y desde muy joven fué á España, donde empezó á escribir para el público con el seudónimo de *La Peregrina. Sab, Espatolino*, y *Dos Mujeres*, entre sus novelas; *Alfonso Munio, Saul y Baltasar* entre sus dramas; y sus inspiradas poesías líricas le adquirieron una reputacion literaria cual no la han llegado á merecer la mayor parte de los grandes escritores modernos en España.

De ella dijo Juan Nicasio Gallegos: « que nadie le podia negar la primacia sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en este como en los pasados siglos. » Y otra gran poetisa contemporánea, Carolina Coronado, tributa el siguiente elogio á su rival: « España no ha tenido nunca una poetisa de tanta energia, de tan sublime génio, de tanta elevacion y grandeza. Yo, al ménos, no la conozco, por mas que miro al través de los siglos. »

Pero ninguna cita creemos mas oportuna ahora que la que existe en la losa sepulcral que cubre los restos de la Avellaneda, en donde hay las siguientes palabras que escribió Pastor Diaz: « Cuando caiga sobre ella aquella noche polar, eterna, en que ni los cantos de la sirena se escuchan; cuando haya en torno de su lira aquel silencio de todo ruido, aquel vacío neumático de todo soplo de aliento, que hace la muerte, como una madre solícita en derredor de la cuna de sus hijos, la poesia hará grabar debajo de su nombre estas palabras: « Fué uno de los mas ilustres poetas de su nacion y de su siglo; fué la mas grande entre las poetisas de todos los tiempos. »

Pastor Diaz se equivocó. Gertrudis Gomez de Avellaneda ha muerto sin penetrar en la academia española, donde tenia un asiento que habia conquistado legítimamente; y no porque la ilustre corporacion dejara de conocer su mérito superior, sino por consideraciones á su sexo. ¡Cómo si el talento tuviera edad ni sexo!...

Gertrudis Gomez de Avellaneda pasará á la posteridad; ahí queda ese monumento que ha elevado á las letras y á su nombre en los cinco tomos de sus *Obras literarias*, que habia acabado de imprimir cuando la sorprendió la muerte.

LA PESCA EN EL MAR

¡Mirad! ya la tarde fenece,
La noche en el cielo
Desplega su velo
Propicio al amor.
La playa desierta parece;
Las olas serenas
Salpican apenas
Su dique de arenas
Con blando rumor.

Del líquido seno la luna
Su pálida frente,
Allá en occidente
Comienza á elevar.
No hay nube que vele importuna
Sus tibios reflejos,
Que miro á lo léjos
Mecerse en espejos
Del trémulo mar.

¡Corramos!... ¡quién llega primero!
Ya miro la lancha.....
Mi pecho se ensancha
Se alegra mi faz.
¡Ya escucho la voz del naclero
Que el lino desplega
Y al soplo lo entrega
Del aura que juega
Girando fugaz!

¡Partamos!... la plácida hora
Llegó de la pesca,
Y el alma refresca
La bruma del mar.
¡Partamos!... que arrecia sonora
La voz indecisa
Del agua, y la brisa
Comienza de prisa
La flámula á hinchar!

¡Pronto, remero!
¡Bate la espuma!
¡Rompe la bruma!
¡Parte veloz!
¡Vuele la barca!
¡Dobla la fuerza!
¡Canta, y esfuerza
Brazos y voz!

Un himno alcemos
Jamás oído,
Del remo al ruido
Del viento al son,
Y vuela en alas
Del libre ambiente
La voz ardiente
Del corazón.

Yo á un marino le debo la vida
Y por patria le debo al azar
Una perla en un golfo nacida
Al bramar
Sin cesar
De la mar.

Me enagena al lucir de la luna
Con mi bien estas olas surcar,

Y no encuentro delicia ninguna
Como amar
Y cantar
En el mar.

Los suspiros de amor anhelantes
¿Quién ¡oh amigos! querrá sofocar,
Si es tan grato á los pechos amantes
Á la par
Suspirar
En el mar?

¿No sentís que se encumbra la mente
Esa bóveda inmensa al mirar?
Hay un goce profundo y ardiente
En pensar
Y admirar
En el mar.

¡Presto, todos!... ¡Las redes se tiendan!
¡Muy pesadas las hemos de alzar!
¡Presto, todos! ¡Los cantos suspendan
Y callar
Y pescar
En el mar!

EL CAZADOR

El sol vierte su lumbre
En nubes de oro y grana,
La tierra se engalana
Vestida de verdor.
Con traje caprichoso,
De su perro seguido,
Sale al campo florido
El bello cazador.

Lleva provisto el cinto
Que ancha hebilla sujeta,
Y al hombro su escopeta
De las aves terror.

Las auras matinales
Agitan el cabello
Que flota sobre el cuello
Del bello cazador.

Todo es vida en el campo;
Todo placer y amores,
Perfume dan las flores
Y el céfiro frescor:
Sobre el caliente nido
Cantan himnos las aves;
Mientras con pasos graves
Se acerca el cazador.

Ajenas del peligro
Desplegan ya sus alas,
Que ignoran de las balas
El silbo aterrador:
Y una blanca paloma,
De su belleza ufana
En torno gira insana
Del bello cazador.

Mil círculos trazando,
Cual leve mariposa,
Ya vuela caprichosa,
Ya para sin temor.
De un árbol á otro cruza
Allá en el bosque umbrío,
Mientras la aceta impío
El bello cazador.

Con amoroso arrullo
Á su consorte llama,
Columpiada en la rama
De un verde sicomoro:
Mas ¡ay! que cuando gime
Y al dulce amor convida,
Vacila y cae herida
Del bello cazador.

Con su inocente sangre
La verde yerba baña,
Y sin piedad ni saña
La mira el matador:
Que en pos de otra victoria,
Al hombro la escopeta,
Sigue su marcha inquieta
El bello cazador.

En tanto allá aparece
Del bosque en la espesura,
Blanca y triste figura,
Fantasma seductor.
¡Y es Elmira.... la Elmira
Cual tierna desgraciada;
Amante abandonada
Del bello cazador!

Marchita está la rosa
De su blanca mejilla,
Y en su mirada brilla
La llama del amor.
Con paso vacilante
Llega la triste Elmira,
Do la víctima espira
Del bello cazador.

Y estrechando á su pecho
Al ave moribunda,
Con lágrimas la inunda,
La dice con dolor:
« ¡Paloma sin ventura!
Igual es nuestra suerte,
Pues causa nuestra muerte
El bello cazador.

» De su mano tirana
Recibes honda herida,
Y devoró mi vida
La llama de su amor.
Débiles, confiadas,
Perdiónos la inocencia,
É hiriónos sin clemencia
El bello cazador.

» Bajo este verde aliso,
Cual lo eres tú dichosa,
En noche silenciosa,
Me traje mi candor:

DIOS Y EL HOMBRE

¡Mirad al hombre! Del tupido velo
Que á la naturaleza envuelve inmensa
Levanta apenas, con incierta mano,
Un extremo no mas; ya iluso piensa
Que toda la amplitud de tierra y cielo

Y oyeron estos valles,
Y oyeron estos vientos,
Los tiernos juramentos
Del bello cazador.

» Mas ¡ay! entre delirios
Pasó la noche umbría,
Llevando mi alegría,
Dejándome dolor!
Y pasaron con ella
Los halagos traidores....
¡Pasaron los amores
Del bello cazador!

» Que como á ti, paloma,
De crudo golpe herida,
Dejóme el homicida
Con bárbaro rigor.
Otros pechos buscando
Donde sembrar la muerte....
Que en esto se divierte
El bello cazador.

» Cedamos, pues, cedamos
Á un destino cruento,
Que sirva de escarmiento
Y ejemplo aterrador:
Y que aves y pastores,
Al ver nuestro destino,
Se aparten del camino
Del bello cazador.»

Dice la hermosa Elmira,
Y el célico semblante
Se cubre en un instante
De livido color:
La muerte con sus alas
Ya nubla su alba frente,
Y aun nombra dulcemente,
Al bello cazador.

En busca de su presa
Ya vuelve el inhumano,
La escopeta en la mano,
Cubierto de sudor:
Y bajo el sicomoro,
Al ave y á su Elmira
Al mismo tiempo mira
Morir el cazador.

Estrecha viene á su saber, y ufano
Erige audaz á su razon mezquina
Tribunal soberano,
Citando ante él á la razon divina.

« ¿Quién eres? dice á Dios : — ¿cuál es tu esencia?
 ¿Por qué naturaleza no lo explica?
 Sus leyes estudió mi inteligencia,
 Y en ellas nada de tu ser me indica
 La inefable sustancia,
 Ni de tu decantada providencia
 Los designios profundos. ¿La ignorancia
 Será quien deba tributarte culto,
 Y al génio siempre y á la ciencia oculto,
 Dejarás en problema
 Ante sus luces tu verdad suprema?

» Origen te proclaman
 Del orden y del bien, y cuanto veo
 Es desorden y mal. Justo te llaman,
 Y me consume estéril el deseo
 De comprender de tu justicia oscura
 La marcha silenciosa.
 En valde por tu gloria te conjura
 Mi mente, codiciosa
 De la eterna verdad, que tus arcanos
 Le descubras sublimes :
 Sordo te encuentran mis clamores vanos,
 Y ni las obras de tu diestra, mudas,
 El sello augusto de tu nombre imprimes;
 Cual si gozases en mirar las dudas
 Luchar del hombre en el inquieto seno,
 ¡Tú, que te llamas poderoso y bueno!

» No mas, no mas, en ignorancia ciega
 Adoraré rendido
 Á un Dios desconocido,
 Que á concordar con mi razon se niega.
 Si no eres vano nombre
 Haz que yo sepa sin tardar, quien eres :
 Pues nace activo, inteligente el hombre,
 Y si su amor y su homenaje quieres
 Debes hacer que su razon lo mande,
 Al verte amable, al comprenderte grande.
 Así al saber supremo
 Dicta leyes su hechura limitada,
 Y de bondad por inefable extremo,
 Para curarla de su orgullo infando,
 Así confunde á la razon osada,
 Allá en su propio seno resonando,
 Aquella voz que fecundó á la nada.

» Tú, que cuenta me pides
 De mis hondos designios; tú que duñas
 Si á tu razon se esconde,
 De mi propia existencia; tú que mides
 Mi justicia eternal, y en mis dominios
 Juzgas del orden y del bien : responde!
 Tus sábios, tus astrónomos profundos,
 ¿Podrán decir cómo hago inalterable
 La eterna ley, que de infinitos mundos
 Que corren el espacio inmensurable,
 El movimiento y curso determina
 Sin que choquen jamás en rauda encuentro
 Y por qué los fecunda é ilumina

Encadenado un sol en cada centro?
 ¡Loco mortal, á quien hinchado miro
 Del prestado poder que de mí tienes!
 ¿Puedes del Orion turbar el giro,
 Ó á las brillantes pléyadas detienes?
 ¿Puedes, siquiera, conocer la tierra
 Que desdenoso huellas? ¿Quién su base
 Describirte sabrá? ¿Quién hay que tase
 Los tesoros que encierra?...
 Un imperio tras otro desaparece,
 Y mil generaciones
 Pasan por ella y en su seno se hunden;
 Ella sola no cambia ni envejece,
 Y sus preciosos dones
 Con orden inmutable se difunden
 Por las varias regiones
 Que fertiliza el sol. Aquí presenta
 Prados herbosos, selvas primitivas;
 Allá el capricho de su fuerza ostenta
 En colinas altivas,
 Que decora con rasgos pintorescos;
 Allá borda de valles las onduras;
 Mas acá ofrece los asilos frescos
 De grutas silenciosas;
 Ora se extiende en plácidas llanuras;
 Ora se ensancha en playas arenosas;
 Allí se muestra en sotos y florestas;
 Acá en bosques umbrios;
 Y allá, ostentando sus potentes brios,
 Encumbra montes de nevadas crestas.

» ¿Qué paternal desvelo,
 Qué sábia providencia
 Con tal magnificencia
 Dotó al grosero y despreciable suelo
 De ese globo que habitas?
 ¿Quién lo sembró de virgenes metales?
 ¿Quién lo cubrió de especies infinitas
 De útiles vegetales
 Apropriados á climas diferentes?
 ¡Mira mecer las palmas y las cañas
 Las brisas de los trópicos ardientes;
 Mientras en selvas y ásperas montañas,
 Resistiendo al teson de vientos fieros
 Negros abetos, pinos seculares,
 Se levantan austéros
 Bajo los crudos círculos polares!

» ¿Quién te dirá cómo del hondo seno
 Que mi espíritu henchia
 Brotó con voz de trueno
 La mar amenazante,
 Y como yo de nieblas la cubria
 Cual envuelve la madre al tierno infante?
 Alzo arrogante la espumosa frente
 Robando al sol fulgentes aureolas :
 ¿Mas quién se halló presente
 Cuando la dije — tu soberbia enfrena
 Y á romper vé tus atronantes olas
 En aquel dique de movible arena? —

» ¿Sabes por qué vapores incesantes,
 Que recoge la atmósfera, encendida,
 De ese su seno líquido se exhalan,
 Y en las nubes flotante
 La masa de las aguas suspendida,
 Solo descende al suelo gota á gota
 En bienhechora lluvia convertida;
 Mientras de las altísimas montañas
 Se precipita en rápidos torrentes,
 Penetra de la tierra en las entrañas,
 Y formando con linfas transparentes
 Arroyos mil y ríos caudalosos,
 Recorre murmurando el campo verde,
 Con giros tortuosos,
 Hasta volver al mar en qué se pierde?

» ¡Juez de mi providencia, que me intimas
 Su imperfeccion y que mi plan corriges!
 ¿Eres tú quien diriges
 Segun conviene á los diversos climas,
 Los vientos voladores,
 Y á disipar mefíticos vapores
 Lanzas al rayo, que estallando dice
 Con su hórrido estampido
 — ¡Gloria, Señor, ya estás obedeido?
 ¿Coronada de flores
 Sale á tu voz la primavera hermosa,
 Á preparar la tierra, que reposa,
 Del abrasado estío á los ardores?
 ¿Ó acata, acaso, tu poder visible
 El invierno aterido
 Haciendo le preceda
 Con orden infalible
 El otoño de pámpanos ceñido?

» Á las linfas saladas
 Y á las ondas insípidas del rio,
 Lanzaste las especies animadas,
 Con variedad que pasma el pensamiento,
 Y á cada cual con diligente mano
 Preparaste sustento?...
 ¿Por tí de aceite saludable llena
 Se agita entre el herbor del Oceano
 La colosal ballena?
 ¡Mira cual brota de sus ojos llamas,
 Si la distancia de la presa mide!
 ¡Mira, si airada eriza las escamas,
 Montes alzar en el ecuóreo llano,
 Y si con lento paso lo divide
 Darle de la vejez el color cano! —

» Por las libres regiones
 Del aire que respiras
 ¿Esparces con tu diestra creadora
 Las volubles legiones
 De tantas aves que indolente miras?
 ¿Les concedistes tú la voz canora?
 ¿Te deben los instintos
 Porque se multiplican y alimentan,
 Y los colores vividos que ostentan

En matices distintos
 Sobre el esmalte de sus leves plumas;
 Ó es tu saber quien guia
 Á las que al ver las ivernables brumas
 Dejan del norte la region sombría
 Y atraviesan del mar tras los ardores
 Del refulgente sol del mediodía?
 ¡Mira cómo desprecia los furors
 Del caprichoso viento
 El águila real, las soledades
 Surca del Éter, en sublime asiento
 Para el vuelo atrevido,
 Y entre nubes que envuelven tempestades
 Labra el robusto nido
 De la desierta roca
 En las ásperas puntas suspendido;
 Mientras el avestruz, de pluma poca,
 Que nunca se alza á la region vacía,
 Por otro instinto poderoso y cierto,
 Su cara prole fia
 Á la infecunda arena del desierto!

» Un momento contempla
 De los brutos la inmensa muchedumbre
 En ninguno verás que falté ó sobre
 Un miembro necesario.
 Estos, de imponderable mansedumbre
 Aquellos, de carácter sanguinario;
 Tímidos unos, otros atrevidos,
 Pesados unos, otros diligentes,
 Todos están armados y vestidos
 Cual requieren sus usos diferentes,
 El destino especial que les señalo
 Y el clima y el lugar dó los instalo.
 No por tus artes enseñado ha sido
 El castor industrioso;
 Ni el corcel generoso,
 Que sufre lo domines,
 Te debe aquel valor con que al sonido
 De la trompa guerrera,
 Sacudiendo las crines,
 La nariz dilatando,
 Se lanza al campo en rápida carrera,
 De espuma y de sudor huellas dejando.

» Cuanto tu vista admira
 Y cuanto puede concebir tu idea,
 Es átomo mezquino
 Del universo en el grandioso seno;
 Mas tú ¡mortal! que de mi sér divino
 Inquirir osas, de arrogancia lleno,
 Secretos inefables, confundida
 Verás por las partículas mas leves
 Tu razon desvalida,
 Si á analizar este átomo te atreves!
 De la naturaleza, que presumes
 Husó conocer, al sér mas pobre
 Comprender y explicar quieres en vano :
 Esa flor que te brinda sus perfumes,
 Ese mosquito que aplastó tu dedo,

Ese que huellas, misero gusano,
¡Misterios son en que abismarte puedo!

» ¿Y no eres un abismo,
¡Oh átomo pensador! para ti mismo?
Naturaleza doble en ti se encierra;
De un rayo de mi mente iluminado
Eres rey de la tierra,
Y de esa tierra misera formado.

Materia deleznable
Y espíritu soberbio
Grande y pequeño, fuerte y miserable,
Suspense entre la nada

Estás y el infinito,
Y en tu razon tan pobre y limitada
Llevas angusto privilegio escrito.
Trémulo ante tan grandes maravillas,
Que entrever logra tu asombrada mente,
Dobla ¡mortal! sumiso las rodillas

Prosternando la frente,
Y acatando rendido
De mi sapiencia el insondable arcano,
Mas no alces atrevido

Hasta mi trono el pensamiento insano;
Que aunque el astro de fuego

Su luz te envia en rayos bienhechores,
Si le osas contemplar quedarás ciego,
Sombras no mas hallando en sus fulgores.

» En tu alma de mi ser grabé la idea,
Y rindiendo á su autor digno homenaje,
Naturaleza emplea
Universal, magnífico lenguaje.
De un polo al otro en sus miserias claman
Los hombres á su Dios. La tierra, el cielo,

Las noches y los dias,
Mi poder y bondad do quier proclaman,
Y mi nombre preludian en el suelo

Multitud de armonías,
Que ofuscan, si, de tu razon el brillo
Y confunden tu ciencia;

Mas para el corazon tienen sencillo
Poderosa elocuencia.

» Es mi nombre ¡El que Es! — Que confundido
Ante el misterio de tan alto nombre,
Entre esas obras de mi angusta diestra
El humano saber calle y se asombre;
Pues su ciencia mayor alcanza y muestra
Al conocer su pequeñez el hombre!

MANUEL JUSTO RUVALCABA

Nació en Santiago de Cuba, en 1763; era hijo de una familia noble y rica: murió en 1805: hé aquí el nombre de un poeta célebre en el pueblo de su nacimiento y desconocido en los demás puntos de la Isla de Cuba.

Al mismo tiempo que Zequeira alzaba sus cantos en las orillas del *Almendares*, Ruvalcaba hacía resonar las cuerdas de su lira á las faldas del *Turquino*. Pasó mas tarde á la Habana, y ambos poetas se dieron la mano de amigos.

La poesia unió sus corazones con sagrados vinculos.
Pero Ruvalcaba vivía retirado en su pueblo natal, donde en esa época no había afición ninguna á la lectura, y aun el nombre de poeta era mas bien una mancha ominosa que un título de gloria.
Ruvalcaba fué pintor, escultor y poeta, revelando para todo bellas disposiciones.

LA MUERTE DE JUDAS

FRAGMENTO DEL CANTO PRIMERO

« ¿Pues como pude yo sin estar ciego
Vender en poco tan preciosa vida,
Vil ofreciendo mi codicia al fuego
La prenda del Eterno mas querida?
¡Infeliz JUDAS! ¿Qué inmortal sosiego
Entretiene tu alma entorpecida?
Busquemos á Jesus, á él no le ofende
Que fiel le busque quien traidor le vende

» No ha mucho que de amigo el nombre amado
Me dió cuando le entrego á los judios,
¡Con que piadosos ojos me ha mirado
Cuando uní con su faz los labios míos!
Quedé de un rayo ardiente penetrado
Que desarmó de mi ambicion los brios,
Conocí mi maldad y el desengaño
Me es ya mayor castigo que mi daño.

» Preso ahora le llevan los sayones,
¡Con qué escándalo y torpe voería!
Le llenan en la noche de baldones
Los que nunca merecen ver el día;
En medio de sus duras aflicciones
Preténdale seguir la pena mia,
Redimiré solicito á su lado
La ignominia del misero pecado.

» Cueste cara su vida con mi vida
Que es justo que con ella satisfaga,

Que si en tan hajo precio fué vendida,
Digna si no la venta, haré la paga;
Sufra por él la muerte merecida
Ó un reciproco golpe nos deshaga;
Demos sin atender al pago necio
Igual suerte á los dos un mismo precio.

» Desde ahora provocho la injusticia
Á que fuerza el camino y haga recta,
Su vara, castigando mi malicia:
Deten el torpe paso, infame secta,
Guarda, no toque tu fatal servicia
La criatura mas santa y mas perfecta,
Que vió nacer la luz desde ab-eterno,
Salva al amado hijo del Eterno.

» Vuelve contra mi pecho los harpones,
Que tu cólera arroja dementada,
Tiránica justicia; tus acciones
Contra esta hechura suya desgraciada;
Agrava sobre mi las maldiciones
Que sufre su inocencia provocada,
Yo fui quien le vendí, no sin disculpa
Ciega tu obstinacion compró mi culpa.

» Eminente castigo te amenaza,
Tanto como el que causa mi tristeza,
Deja que libre tu futura raza

Tome un justo escarmiento en mi cabeza;
Mira el fiero dolor que me traspasa
Y en mi mejilla el llanto que no cesa,
No sigas al apóstol delincuente
Cuando ya ves á JUDAS penitente. »

FRAGMENTO DEL CANTO TERCERO

¿Por qué prófugo vá con prisa tanta?
Sin duda el miserable se imagina
Que si siente el contacto de su planta
Le ha de faltar la tierra en que camina;
Á un dogal afrentoso la garganta
Entregar lo mas pronto determina,
Porque el último esfuerzo del malvado
Es hacer mas enorme su pecado.

Cobarde la razon, mal persuadida,
Viendo de su congoja la eficacia,
Apresurar las horas de su vida
Dócil busca su fin la contumacia;
Ya deja la ciudad aborrecida
Y se acerca al lugar de su desgracia,
Cuando atraído del funesto caso
La madre de JESUS le sale al paso.

Así como al romper con melodía
Su concertada voz un instrumento,
Que arrebatando la atención mas fría
Inunda el corazón de sentimiento:
Así derrama armónica María
De sus divinos labios el acento,
Y herido del hechizo mas sagrado
Á oír se llegó todo lo creado.

Disfraza la piedad en su semblante
Con grata risa la terrible escena,
Á que la sinagoga en tal instante
Su querido unigénito condena:
Por mas que la pasión tenga delante
Y de la cruz la dolorosa pena,
Amante corre, que de amar se olvida
Por la ovejuela misera y perdida.

« ¿Dónde vas, infeliz? Que intento odioso
Gual las olas del mar te precipita
En uno y otro abismo proceloso?
¿Qué dementada cólera te agita?
Cuándo de Dios el hijo generoso
Al hombre en sus desgracias felicita,
Cuándo baja á anunciar su buena suerte,
¿Tú tan solo caminas á la muerte? »

» ¿Tú solo descontento te retiras
Á la triste mansion del negro llanto
Cuándo risueños los mortales miras
Bajo el tierno calor de su amor santo?
¿Acaso temes sus sagradas iras?
La justicia á tu culpa pone espanto?
¿Dudas de su piedad? ¿Qué desconfianza
Es la que así conturba tu esperanza? »

» No tan ciega proceda tu malicia:
¿Qué tienes que dudar? ¿Por qué aunque es cierto
Que igual á la piedad es la justicia,
No obran en su mano de concierto:
¿No ves que mas al mundo beneficia
Que castiga su torpe desacierto?
Por el uso nos dice la experiencia
Que mas que su justicia es su clemencia.

» Aun en tiempo te ves de aprovecharla
Solo en tu mano se halla el conseguirla,
Que la culpa se borra con llorarla,
Y la pena también aun sin sufrirla;
Tu afrenta quitarás con detestarla
Y mi ayuda tendrás con admitirla,
Abandona ese bárbaro designio
Que te va conduciendo al exterminio.

» Perdónate á tí propio, libra el cuello
De la muerte que cruel le has decretado,
No seas tú quien cierre con su sello
Lo que no puede en vida tu pecado;
Del tiempo lo mejor y lo mas bello
En tus manos ¡oh JUDAS! has dejado:
No ande contigo mismo mas piadosa
La culpa, que tu saña venenosa. »

Dijo, y mostrando de su gracia el seno
Con la materna compasión mas cara,
Le acuerda de Moisés contra el veneno
La sierpe de metal sobre la vara:
Antídoto mejor de salud lleno
En la imagen de su hijo le depara:
» Ve, JUDAS, corre á él, fuente es de vida,
Antes que bebas sanará tu herida. »

» Corre á él.... ¿No le ves de piés y manos
Clavado en una cruz? ¡Oh! con que abierta
Expresión les ofrece á los humanos
Franca de su piedad la mejor puerta:
Recibe de sus dones soberanos
Ya que pretende hacer comun la oferta:
Arrebata apesar del mundo entero
La augusta palma del perdón primero. »

EGLOGA

RISELO, CLORIS, POETA

Tus ojos brotarán amargo fuego
Siempre insomnes y abiertos para el llanto,
Y ocupará tu alma el temor ciego.

Entonces mirarás al Cielo santo,
Y en él no encontrarás estrella alguna
Que socorra ni alivie tu quebranto.

Y al pálido reflejo de la luna
Harás memoria del fatal Riselo,
Envidiando su misera fortuna.

Rodeada de un eterno desconsuelo,
Bramarás como leona por el llano
Con la cuartana de un furioso celo.

¡Oh infeliz Cloris! Clamarás en vano
Por las selvas el nombre de Laurente:
Que de tu cruel dolor estará ufano.

Verásle reposar tranquilamente
En el regazo fiel de otra pastora,
Estando tú para sentir presente.

La triste Cloris, por qué causa llora?
Dirá, reconociendo tu flaqueza
Con ironía y risa mofadora:

Tú bajarás los ojos con presteza,
Y llena de rubor, paso entre paso,
Te ocultarás llorando en la maleza.

No habrá pastor al fin que ignore el caso,
Y pues con tanto escándalo me dejas
Ante la Madre del amor te emplazo.

Desde el sepulcro tus amargas quejas
Juzgo escuchar, cuando en el bosque lloras
Diciéndoles ¡ingrata! á tus ovejas.

— ¡Ya son oscuras noches mis auroras!
Volvedme.... sí, volvedme, amigas mías,
La posesión de mis antiguas horas;

¿Cuándo en mas dulces y serenos días
Desprecié la compañía de Riselo,
Libre de tantas penas y agonías!

Venid y restituidme mi consuelo,
Que á mi pesar quien antes os cuidaba
Se ausentó para siempre de este suelo.

POETA

Amaba una pastora tiernamente
Llamada Cloris, al pastor Riselo,
Formando cada cual sencillamente
De un puro amor el mas hermoso celo:
Jamás union se vió tan inocente
Bajo las chozas que guarece el cielo,
Honesto ejemplo de una fe debida,
Mas respetada mientras mas querida.

Rodeados de sus cándidos vellones
Solos bajan á darles alimentos,
Y aunque solos, no cuidan de traiciones
Por ser unos sus mismos pensamientos:
Cuando se unen por sí los corazones
Son nobles y medios los intentos:
Ambos juntan su grey con amor casto,
Y hablando juntos, le señalan pasto.

Mientras que derramadas las ovejas
Pastan los odoríferos verdoros,
Se ven bajo sus piés varias abejas
Salir desalojadas de las flores:
Cantan las aves sus amantes quejas
Al paso que las tórtolas clamores,
Amor respira el aire blandamente
Mientras que corre la apacible fuente.

Mas no convida á Cloris ni á Riselo
La ocasión del placer ni del retiro,
Que en uno y otro no encendió su anhelo
Palabra, pensamiento ni suspiro:
Arde el amor en ellos bajo el velo
Que la inocencia les corrió sin tiro,
Amor entre los dos inexplicable
Que se hizo por sí mismo respetable.

RISELO

Ya que ¡oh Cloris cruel! eres la causa
De mi terrible mal, por un instante
Cesa el rigor y los desdenes pausa:

No tan esquiva niegues el semblante,
Ni tan ingrata apartes el oído
Á las postreras quejas de un amante;

Que para hechar finezas en olvido
Jamás necesitabas de mi muerte,
Cuya venganza espero de Cupido.

Prepárente los hados igual suerte,
Pues ya que la desgracia de mi ruego
Nunca logró un instante enterneerte.

Oh tú, Cupido, cuya cruel aljaba
Castiga á los ingratos amadores,
La cruel memoria de la infiel acaba!

Que experimente Cloris los horrores
Del infeliz Riselo, que ya es tarde
Hacer recordacion de mis favores.

Muera con sinsabor quien hizo alarde
De despreciar el bien que le hace falta
Con alma vil y espíritu cobarde.

Cuando trepe en los campos la mas alta

SONETOS

I

Amo ¡triste de mí! amo, y tomara
No amar, Roselia cruel, que si así fuera
Los males que ahora temo, no temiera,
Las penas que ahora paso, no pasara.

Libre, de tus crueldades me apartara,
Y del amor tirano me riera,
Que si Menardo al fin no te quisiera
Seguro de traiciones descansara;

Mas sino puede ser que yo te olvide,
¿Para qué me despojas del sosiego
Cuando toda mi gloria en tí reside?

Piedad ninguna en fin halla mi ruego
En quien así traidora me despide
Aunque á cenizas me reduzca el fuego.

II

¿Qué importa, amigo, que el natal y oriente,
La luz primera y la primera aurora
Tuvieses en la Reina y la Señora
Emperatriz antigua de la gente?

¿Qué importa que la patria reverente
Que Rómulo engrandece, Cursio honora,
Caton ilustra y Ciceron decora,
Fuese tu cuna y tu primer ambiente?

Nada influye la patria en los varones,
Que es error vanamente encarecido:
Romanos fueron Silas y Escipiones,

Quincio glorioso y Apio fementido:
Al hombre le hacen grandes sus acciones,
No la patria ni el tiempo en que ha nacido.

Colina, tras su grey, dejando el mio
Pobre ganado de la sombra falta:

Y cuando mi esqueleto yerto y frio
Vieres sin el cansancio congojoso
Que permitió el amor con tu desvio;

Ingrata Cloris, sin tener reposo
Vivirás en la tierra, sin que el nombre
Te dé de madre el hijo cariñoso.

Y que tu ingratitud al mundo asombre
Viendo grabadas en la dura encina
Las letras que envilecen tu renombre.

III

¿No ves como el Hidrópico sediento
Se entrega al agua con presteza loca,
Y por mas que la bebe, gusta y toca
Le incita con antojo mas violento?

Aun es poco del agua el elemento
Para templar el ansia de su boca,
Pues bebiendo le enciende y le provoca
La interminable sed de su tormento.

Así Roselia cruel, de amor doliente,
Al Hidrópico insano fiel imito
Pretendiendo saciar mi ardor vehemente,

Á tus labios me lleva el apetito,
Mas ¡ay! que en ellos hallo sed ardiente
Por mas que el refrigerio solicito.

IV

Á NISE BORDANDO UN RAMILLETE

No es la necesidad tan solamente
Inventora suprema de las cosas
Cuando de entre tus manos primorosas
Nace una primavera floreciente.

La seda en sus colores diferentes
Toma diversas formas caprichosas,
Que aprendiendo en tus dedos á ser rosas
Viven sin marchitarse eternamente.

Me parece que al verte colocada
Cerca del bastidor, dándole vida,
Sale Flora á mirarte avergonzada;

Llega, vé tu labor mejor tejida
Que la suya de Abril, queda enojada,
Y sin mas esperar, vase corrida.

V

Perdí el sueño á las tres de la mañana,
De mi cama salté despavorido,
Y no se si despierto, ó bien dormido,
Arrojarme intenté por la ventana.

Con un frio me siento de terciana
Gritos doy sofocado y oprimido,

Levántase mi hermana y aburrido
Le digo mil insultos á mi hermana.

De mi cuarto salí ciego y sin tino,
Le rompí la cabeza á mi criado,
Mandé mudar de casa á mi vecino:

Pero tanta locura y atentado,
¿Quieren saber, señores, de qué vino?
— Solo de que soñé que era casado.

FRAGMENTO DESCRIPTIVO

Yo subo alegre á la mayor altura,
Y espero salga el sol resplandeciente
Por ver como derrama su luz pura;
Y ligero, despues, bajo á la fuente
Y allí sobre las márgenes tendido
Me duermo con la rápida corriente;

Mas al oír el músico silbido
Del ruiseñor, al punto despertando,
Presto á su dulce voz atento oído.

Luego insensiblemente caminando
Por las orillas de la fuente amena,
Voy mi cuerpo con flores solazando.

Ya el vástago le arranco á la verbena
Y al arrayan su flor, entrecogiendo
El encarnado lirio y la azucena:

Prosigo mas, y de mi vista huyendo
Salta la liebre cilla temerosa,
Y sin hacerla mal la voy siguiendo;

Cuando al paso una bella mariposa
Detiene mi atencion con embeleso
Sobre el boton de una silvestre rosa:

Yo me aproximó á ella y sin tropiezo
La cojo, y de la mano se me huye,
De sus alas dejando el oro impreso.

Todo viviente novedad me influye,
Al paso que mi fértil fantasía
No toca objeto de que no se instruye.

Incitado despues de la armonía
Con que se precipita el arroyuelo
De una alta cumbre que su curso envía,

Me entretengo en subirla y por el suelo
Busco los caracoles dibujados
Regados por el verde terciopelo.

De allí sobre una peña veo los prados,
Y el mar hácia lo léjos con gran ira
Batir en los escollos escarpados.

Despues que todo mi atencion lo mira,
Bebo del manantial dó el agua mana
Para apagar la sed que el sol inspira;

Y al querrelloso grito de la rana
Me aproximó á la limpida laguna
Siempre con juncias fértiles lozana.

ROMANCE

Roselia, con la porfia
Vuelve á encenderse el afecto,
Pues con el trato revive
Aunque lo extinga el desprecio.

Un halago repetido
Causa con raro fomento
Lo que la gota en la piedra,
Lo que en la pólvora el fuego.

Continuas satisfacciones
Son al amor dulce cebo,
Como al ave con la liga,
Como al pez con el anzuelo.

Persuasiones amorosas
Rindeñ el mas duro pecho,
Continas al que lo tiene
Tan de par en par abierto.

No hay fuerza para la instancia
Ni para el cariño esfuerzo,
Pues para antiguas discordias
Inventa amor gustos nuevos.

Pronto cederá tu enojo
Á los amigos requiebros,
Como el niño á las caricias
Y como al halago el perro.

Adios esperanzas mias
Que ya me servís de ejemplo
Como la espuma en el agua
Y como el humo en el viento.

Decidle adios á Roselia,
Pero que yo no la dejo,
Sino que miro en su olvido
Un desengaño postrero.

DÉCIMAS

Amante fino y rendido
Tu amistad solicité,
Y tan infeliz fui que
Me ví al fin correspondido.

Mi buena suerte ha querido
Te llegues de mi olvidar,
Ya no tengo en que pensar
Pues veo tu proceder;
Con que empieza á aborrecer
Que yo tambien sé olvidar.

Si de haber tu amor mudado
Algun sentimiento hiciera,
Porque se acabó no fuera,
Si no por lo que ha durado.

Solo yo, que ciego he estado,
Tu amor hubiera creído,
Tarde en la cuenta he caído :
Mas para enmendar mi error
Si á ti te falta el amor,
Á mí me sobra el olvido.

No has visto cuando á tocar
Vá un músico un instrumento,
Que pone el oído atento
Para poderle templar,

Y despues de trastear
Una cuerda falsa siente,
Sube la mano impaciente,
Tuerce la clavija airado,
Y dá por bien empleado
Que la cuerda se reviente?

Pues así yo, tocador
En instrumento de amar,
Quise mi amor acordar,
En la cuerda de tu amor.

Hallé que estaba en tenor,
Quise subirla y disuena,
Vuelvo á tocarla sin pena,
Estaba falsa y saltó.....
Pues que deberé hacer yo?
— Poner otra cuerda buena

FRANCISCO ORGAZ

Nacido en la Habana, habia, muy jóven aun, adquirido un buen nombre entre sus contemporáneos, cuando, por motivos enteramente personales, abandonó las playas de su patria para establecerse en Madrid.

En 1841, dió á luz un pequeño volúmen de poesías con el título de *Preludios del Arpa*. Viviendo unas veces con los recursos que le proporcionaba su calidad de escritor, y como profesor de esgrima otras, ha podido atravesar épocas calamitosas para él, y que deben haber influido en su porvenir literario : vemos, en efecto, que las últimas composiciones de Orgaz son muy inferiores á las primeras. El periodista ha matado al poeta.

Orgaz es uno de los pocos poetas cubanos que se distinguen por esos fuertes y enérgicos versos, por esa elevacion de estilo y esos rasgos atrevidos y valientes que forman la esencia de la Oda.

Heredia, Plácido, Velez, la Avellaneda y Orgaz, son los que en su patria han cultivado con mas éxito esta poesia elevada, muy poco popular en Cuba, donde la instruccion literaria no ha penetrado aun en las masas.

Sin embargo, en este género, apesar del mérito superior de alguno de los ya citados, Orgaz es el poeta mas conocido del pueblo cubano. Empezó á brillar en la década de 1840 á 1850.

DIOS

Omnipotente Dios, deja que henchido
Mi corazon de sacrosanto fuego
Pueda alzar con mi cántico escogido
Al blando son del amoroso ruego
La voz de la verdad.

No mas en vano
Tornen mis ojos á buscar, Dios mio,
La inspiracion del pecador cristiano,
Ni mas tampoco el turbulento rio,
Cuando al tocar sus ondas con mi mano
Le pregunte por tí rodando impio
Me grite, mas allá!...

Dios soberano
Yo en la tierra y el cielo te buscaba
En el vivo fulgor de las estrellas,
En el gigante trueno que rodaba
Y en la suprema luz de las centellas,
Y todo me gritaba :
Aun está mas allá!!

Del nuevo dia
Te busqué en las sangrientas vestiduras
Con que el rojo horizonte se colora
De la noche en las negras colgaduras,
Y en el rocío de la blanca aurora :
En las corrientes puras,

En el bosque, en el risco, en las llanuras,
En la escabrosa cumbre
Del régio sol en la encendida lumbre
Que en mitad del estío me abrasaba
Y todo me gritaba
Aun está mas allá!!!

Entre la nube
Que gira sin cesar de amor sediento
Al torbellino que en los aires sube,
Y al huracan violento
Por tí les pregunté, y á las tormentas
Que alzadas en mitad del Océano
Amenazan sus ondas turbulentas ;
Y esos volcanes que encendió tu mano,
Y todo, todo me gritó : Es en vano
Aun está mas allá!!!... y aun mas lejano.....
Perdon, perdon, si en mi delirio extremo
El espacio en tu busca recorria :
;Bajo que forma en tu esplendor supremo
El ojo de un insecto te veria!!!...
Perdon, perdon, quisieron mis arrojados
Mirar la lumbre de tu rostro pura,
Cuando la luz de sol es sombra oscura
Comparada á la lumbre de tus ojos.
¿Quién ver podrá la faz de tu vestido?
¿Quién se alzar á tu vista delirante
Que no caiga en cenizas confundido